que durante la historia ha parecido ser consubstancial a la disciplina; tópico instaurado en el imaginario social que establece ilación con los capítulos siguientes, "Todo lo acabará explicando la (Neuro) ciencia", "Menos pensar y más disfrutar, pues al final todos moriremos", "El corazón tiene razones que la razón ignora" y "Lo importante es llevarse bien con los demás"; capítulos que constituyen un todo a causa de la subversión que manifiestan: expresiones multidisciplinares que no pueden ser analizadas con hermetismo, dado que diagnostican la perentoriedad de destituir lo consignado como válido sin mayor cavilación, y que explicita la discordancia social, siendo pues la Filosofía un empaste político, social e individual de inconmensurable valor.

Subsecuentemente, el capítulo que lleva por título "Dios y la religión son las respuestas a las preguntas de la filosofía" constituye el paradigma del análisis filosófico que, simultáneamente, revela la crisis espiritual que durante siglos ha existido, la pugna teológica y racional, que presumiblemente se ha recrudecido en los últimos tiempos. En suma, se patentiza la relación simbólica o material del Creador con el hombre, y su proceder en las diferentes esferas —personales y sociales—.

El colofón de la obra, "Con filosofía" muestra nuevamente las dudas que gravitan sobre la materia, siendo finalmente la respuesta universal: constituye la base del pensamiento desde tiempos pretéritos, por lo que prescindiendo de la misma sería harto complejo delimitar vías de pensamiento y acción acordes con unos preceptos racionales, no exentos de ambigüedad y ciertas incongruencias que precisamente las Ciencias Humanas se afanan en analizar y determinar; algo que queda patente en el epílogo de la obra recensionada.

Es por todo lo antedicho de obligada recomendación la lectura de *La vida también se piensa*, puesto que el autor con gran sagacidad y con fina ironía consigue desaprobar los consabidos tópicos a tenor de la Filosofía, evidenciando su inconsistencia y proponiendo repensar esta disciplina humanística.

Irene Alfaro
irenealfaro092@gmail.com

Elisabeth Kruse, *La recepción creadora de la tradición mística en la lírica de Dámaso Alonso. ¿Un poeta metafísico moderno?* Tübingen: Narr Francke Attempto, 2016, 275 pp. ISBN: 978-3-8233-6995-0

La obra de Kruse, dotada de un enfoque interdisciplinar, trata de poner en diálogo la poesía de posguerra de Dámaso Alonso con la tradición mística. Logra así una novedosa relectura del poeta madrileño a partir de su recepción de la mística y del Siglo de Oro, con especial atención a San Juan de la Cruz y Luis de Góngora.

Asimismo, establece los vínculos intertextuales con otros grandes exponentes de la literatura española, como Miguel de Unamuno y Antonio Machado, poniendo de manifiesto con ello la modernidad del autor y las diferencias con la mística tradicional.

Este libro viene a llenar un vacío de crítica sobre este enfoque del análisis de la poesía de Alonso. A su vez, hace una importante contribución a los estudios acerca de la pervivencia de la mística en la modernidad y la posmodernidad, así como acerca de la recepción del Siglo de Oro en el siglo XX.

La autora cree que Alonso debe ser entendido como "poeta metafísico", enlazando con la terminología empleada para la *metaphysical poetry* inglesa (70). Llega a ello mediante el análisis de una selección de poesías, que también lo revela como un místico moderno, que asimila y reelabora la tradición mística. Kruse toma como punto de referencia a San Juan de la Cruz pero tiene en cuenta, a la vez, una extensa tradición mística: los salmos, el Libro de Job, Oseas, San Pablo, Jonás y Dionisio Areopagita, entre otros. Estos vínculos intertextuales y el análisis exhaustivo de la obra alonsina permite a la autora resaltar cómo mística, poesía y metafísica se fusionan en dicha obra.

Kruse nos guía a través de los poemarios centrales de Alonso para atravesar un denso entramado simbólico, tejido por el poeta alrededor de la miseria humana (*Hijos de la ira*: 138-169), del *Deus absconditus* y la oscura noticia que de Él recibe (*Oscura noticia*: 120-138), del carácter epifánico de Dios, de su relación con los hombres (*Hombre y Dios*: 169-178) y del amor y la duda acerca de su existencia (*Amor y duda sobre el Ser Supremo*: 224-239). Estas dudas emanan del nihilismo y racionalismo reinante durante la Posguerra, heredado además de sus predecesores de la Generación del 98, que se confrontaron con idénticas preguntas metafísicas.

La obra plantea una diferencia fundamental entre la mística sanjuanista y la moderna de Alonso: el carmelita recorrería un camino ascensional y progresivamente luminoso, dirigido a la *caritas* y a la resultante *unio mystica*; en cambio, Alonso seguiría un itinerario irregular, plagado de ascensos iluminativos, pero también de retrocesos y descensos psíquico-espirituales, dando gran espacio a la duda racionalista y al desasosiego existencial.

El estudio de Kruse también toca el tema de la renovación del lenguaje poético, llevado a cabo por el poeta a partir de 1944, pero lo hace adoptando una perspectiva novedosa: se aproxima desde la paradoja que constituye que el acercamiento, la recepción y la asimilación del lenguaje místico de un poeta del Siglo de Oro le sirve al poeta contemporáneo como instrumento expresivo para reflejar sus vivencias personales y los acontecimientos de su tiempo. De este modo, esta recepción brinda una valiosa aportación a la literatura contemporánea, mientras que renueva y transforma la literatura mística. La autora contrapone esta recepción sanjuanista con la de la obra de Góngora: ciertamente Alonso contribuyó a

la difusión de la obra del prominente poeta del Siglo de Oro, pero no produjo en él frutos literarios comparables a los que prodigó la recepción de Juan de la Cruz (95.106-108). Ésta suscitó imágenes poéticas, símbolos y léxico, que nacieron a través de la intuición personal de su propio universo poético, el cual se vio también influido por la herencia de movimientos literarios de la primera mitad del siglo XX. Kruse destaca que Alonso, como poeta de la modernidad, somete los sintagmas, *topoi*, símbolos y mitos tomados de antiguas tradiciones a un proceso de "transducción, ya sea, por omisión de elementos, por ampliación, por sustitución o bien por alteración" (243). De este modo, reciben los hipotextos un significado nuevo, sin perder el original.

La autora sostiene que la poesía de Alonso es principalmente "óntica", es decir, intentaría descubrir el ser y tiene como objetivo representar sus propias suposiciones e investigaciones acerca de realidades metafísicas, las cuales no podrían ser alcanzadas por caminos racionales, según el poeta (75-76). Más bien cree que los métodos racionales deben ser evitados y las realidades metafísicas se alcanzan a través de la intuición. En consecuencia, advierte un paralelismo entre el reconocimiento de Dios y la capacidad de la poesía para descubrir lo que trasciende la razón.

La poesía de Alonso presenta, según Kruse, una fuerte dicotomía: "La vía racional es en su poesía detonante de una fuerte tensión emocional y, por el contrario, el camino del 'intelecto de amor', su entrega a la intuición de la causa primera, lo transporta a un *locus amoenus* interior" (246). Por esta razón, sus poemarios a menudo se articulan a través de dos polos opuestos: temor-alegría, violencia-paz, fe-racionalismo, bien-mal. El *homo viator* recorre dos líneas muy diferenciadas: una vertical y una horizontal. Por un lado, se proyecta en la búsqueda de realidades metafísicas en una línea vertical, intentando superar las sombras de la realidad material y encontrar el sentido del hombre, del mundo y de la historia. Por otro lado, se mueve en una línea horizontal, marcada por las ataduras terrenas, que sufre bajo el peso de la *conditio humana*.

Sin embargo, el profundo análisis del núcleo de la poesía de Alonso lleva a Kruse a reconocer que, detrás de una superficie cubierta de rasgos existencialistas, cercanos a la tragedia, se esconde un auténtico humanista, cuya preocupación primordial es el hombre. Eso sí, no se aproxima al ser humano con una perspectiva puramente antropocéntrica, sino que lo considera en su condición de creatura de Dios, con un puesto privilegiado en el orden de la creación. Esta convicción le permite sumergirse en los misterios de la vida y de la muerte sin desfallecer y logra lidiar con las circunstancias trágicas del ser, adoptando una perspectiva nada atea —en la cual, para Alonso, sólo quedaría espacio para el absurdo—, sino el punto de vista de "un incansable explorador de la realidad" (246). El escritor madrileño recupera así la misión de sabio que originalmente correspondía al poeta, es decir, un transmisor de las verdades esenciales del mundo.

En definitiva, la obra de Kruse nos presenta un rostro novedoso de Dámaso Alonso, describiéndolo como poeta indagador de las realidades metafísicas. La autora se aleja así de la interpretación estándar de su poesía en el contexto del tremendismo literario y del nihilismo filosófico, propios de su ámbito histórico. Pese a la situación temporal de Alonso, estos movimientos no logran explicar de modo enteramente satisfactorio el sentido de su poesía, sino que sólo reflejan una faceta de su talante humano y poético. La lectura del estudio de Kruse nos hace recorrer la obra alonsina permitiéndonos avizorar otra cara de la poesía de posguerra: no sólo será espejo de la miseria de la guerra civil, sino también un ingreso al carácter universal de esa experiencia, la cual implica que la naturaleza humana trasciende épocas, pueblos y acontecimientos históricos.

David Torrijos Castrillejo
Universidad Eclesiástica San Dámaso
dtorrijos@sandamaso.es